

En el invierno de la provincia

poemas por

Rolando Cárdenas

*Sociedad
de Escritores
de Chile*



En
el invierno
de
la provincia

Ediciones Alerce

publicadas con el patrocinio de la

Universidad de Chile

Editorial Universitaria, S. A.

En
el invierno
de
la provincia

poemas

por

ROLANDO CARDENAS

Sociedad de Escritores de Chile

© Rolando Cárdenas, 1963

Inscripción Nº 26.365

Impreso en los
Talleres de
EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.
San Francisco 454
en abril de 1963
Santiago, Chile.

Proyectó la edición
MAURICIO AMSTER

PRIMERA PARTE	<i>Mensaje de piedra para Magallanes</i>	11
	<i>Tierra del Fuego</i>	14
	<i>El viajero de las lluvias</i>	16
	<i>Leyenda de invierno</i>	18
	<i>Pasa la tierra</i>	21
	<i>Fueguinos</i>	23
	<i>Antepasados</i>	25
	<i>Overend</i>	28
	<i>Los caminos se alejan</i>	30
SEGUNDA PARTE	<i>Noches de mi ciudad</i>	33
	<i>Pájaros</i>	35
	<i>Muelles</i>	36
	<i>Escuchamos llover</i>	38
	<i>La familia reunida</i>	40
	<i>Manos tejedoras</i>	42
	<i>Un río de aventura en la ciudad</i>	44
	<i>La quinta de la casa</i>	46
	<i>Eternidad de los rincones</i>	48
	<i>La visita</i>	50
	<i>Los fantasmas</i>	52
	<i>Regreso</i>	54

PRIMERA PARTE

Yo te recuerdo sur. Yo te recuerdo
con tu estampa bravía y tus estrellas,
con tu silencio completo como un círculo
creciendo como un riguroso y lento musgo.
Yo te recuerdo así,
exactamente hecho de aguas duras,
perfectamente elaborado por raíces secretas
que te cruzan como un cielo terrestre.
Algo tiene que ver contigo
el rudo maderamen de tus bosques,
la fragancia de fibra
que se queda en tu ancho corazón de soledades
de donde van naciendo navíos y ciudades.
Y el viento, sólo el viento
que no le importa nada y galopa
llevando ateridas historias de sangre y fantasmas.
La porfiada presencia de la lluvia
que danza agua sola hasta anegar el aire.
Más al sur del invierno está la nieve
que se repite siempre inagotable y sola.

Yo tengo en mis retinas, yo reconstruyo
tus contornos de luz y de ventiscas,
y a los hombres que sólo saben del sol
les doy tu geografía hecha pedazos.
Yo les digo que vengo de tus aristas duras
con un puñado de nieve en las manos
y un viento rebelde en los cabellos.
Que en tu costra escarchada el arado se angustia.
Que el cielo es un inmenso campanario
donde están las gaviotas y el granizo.
Que hay arrecifes hechos por espumas
donde el mar esculpe sus bramidos
y que en la luna yacen los piratas
que no pudieron penetrar tus aguas.
Que a veces se estremece tu pampa solitaria
cuando pasa un rebaño de ovejas y ladridos,
donde los astros sueñan junto al alba
escuchando tonadas de lluvias y recuerdos.
Que por tu amplia ventana se desborda el paisaje
hacia donde me acerco para mirar los pájaros.

Yo te recuerdo así,
como una humedecida arboladura,
como añadir a la piedra más profundo silencio
que se asoma intacto entre algas y helados meridianos.
Todo está preparado como para un olvido
desde el día que millones de gotas levantaron el agua.
No falta ni la fugaz presencia de soles y estaciones,
ni siquiera tu complicado puzzle de canales y rocas,

ni siquiera tu arquitectura abrupta y de horizontes solos,
ni el cielo que te sobra,
ni la bruma, enemiga de la luz.

Allí te permaneces, cayéndote del mapa,
pulsando la más agreste arcilla de mi infancia,
sosteniendo tu lejanía como si fuera un aire,
siempre en actitud de esperar golondrinas.

Yo te recuerdo así,
como un regalo innecesario de sol.

La he mirado desde los caprichosos montes
de la Península de Brunswick,
y se parece a una larga mancha azul
como si atardeciera el horizonte.
Si los antiguos navegantes de hace cuatro siglos
volvieran a atravesar su Estrecho,
aún verían parpadear fogatas en la noche
cuando los indios se ocupaban en quemar las matas
para fecundar la tierra de nuevo
o anduvieran de caza en sus canoas de troncos labrados a machete.

Muchas veces se han enrojecido las hojas del roble
y la luna ha cambiado de forma
mientras se endurecía el agua y el aire
desde que despertó el hondo sueño de sus raíces.
El viento del oeste la recorría entera
modelando la meridional estatura del Darwin,
sus riscos más pequeños y sus costas,
con un dolor obscuro.
De su corteza se desprendía una niebla blanca

como una barba o un perfume espeso
de tierra recién abierta a una lluvia sin tardanza.

El mar es la gran muralla que la circunda,
y no hay otro rumor más poderoso,
otro estruendo desenfrenado y único
como cuando se rompe en los acantilados.
Tiembla el mar abajo, majestuosamente,
y a las estrellas les palpita su agua.

El día se precipita con sus cuatro estaciones
y despierta con chillidos de pájaros marinos.
Rostro de piedra tiene
o simplemente blanco,
antiquísimo rostro de tierra roja,
anterior al sol y a la luna,
cuando sus montañas aún eran famosos cazadores.
La soledad le sopla sin descanso,
el cielo crece y no le arranca su misterio,
tal como la vieron los navegantes hace cuatro siglos.

Hacia el sur se acercan sus fogatas,
hacia donde la noche o el día permanecen por largos meses.

Un aire maderero tiembla en la tierra húmeda.

Ella aún tiene rastros de antiguos inviernos.

Por las lluvias de junio deben andar cuatreros
acechando el cómplice rostro de la luna.

Es la noche. La noche y la tierra se parecen
porque ambas están llenas de secretos y rumores.

Mi padre solía dormir en ella
cuando el cansancio lo sorprendía en la llanura,
con un sueño parecido al del océano,
como un árbol tumbado vigilado por sus perros.

Ahora será una sombra que recorra de nuevo
sus comarcas terrestres de otro tiempo,
a lo largo de las costas del Sur
y Este de la Isla hasta Río Grande.

Ahora, si viviera,
de seguro saldría en su caballo
como un espectro solo bajo el cielo,

a contar sus estrellas,
a verificar las tinieblas.
Se detendría a observar las estaciones
y sus rebeldes señales invariables:
"Seguramente lloverá mañana
porque las nubes han bajado sobre las montañas".

En sus sueños se echará por los buenos caminos
como una niebla lenta e imprecisa,
y no dejará huellas sobre el coirón mojado.
En desembarcaderos solitarios
verá partir de tarde en tarde
viejos vapores cargados de madera,
o verá regresar remolcadores trasnochados
en las mañanas grises,
como en los tiempos de la fiebre del oro
a fines del siglo pasado,
con sus añejas leyendas de loberos.

Pero la casa situada en cualquier lugar del otoño
será la sola lámpara
para su sombra de viajero pluvial
que retorna al descanso.

En el tiempo brumoso,
allá por las primeras nevadas,
cuando los bosques semejabán la barba blanca de un abuelo,
y la soledad era un puerto tranquilo
habitado por pájaros marinos,
donde los hielos rodaban con estrépito
desde los elevados ventisqueros,
había extensas tierras a las que nadie llegaba,
situadas al sur de los últimos paralelos.

Todo sucedía como en un sueño blanco.
La noche era la que transformaba a los astros,
pero los días permanecían iguales.
Debe haber sido entonces,
cuando el viento alejaba la niebla
de otoños olvidados
que aparecieron por el mar,
como surgiendo misteriosamente del aire,
mientras gaviotas asustadas
buscaban refugio entre las rocas.

Las islas querían partir empujadas por el viento,
esconder su hosca ternura, guardar sus raíces
de los primeros corsarios que tocaron sus costas.
Venían desde extrañas ciudades nórdicas
o antiguos países del Atlántico.

De tan lejos a atisbar sus minerales oceánicos,
a despertar su litoral hecho pedazos,
a quedarse en su silencio poderoso
que sólo interrumpían las tempestades
y el eterno chillido de las gaviotas.

Por golfos y estuarios se aventuraron
para que la tierra les entregara su más íntimo secreto.
Pero el invierno era la mano que la protegía,
y sus bosques callados como cementerios
estaban llenos de ritos y pájaros nocturnos.
Muchos quedaron en el lejano Puerto Hambre
acostados sobre la escarcha bajo un cielo despiadado.

Después fueron nuevos navegantes los que llegaron
desde el otro lado del océano,
revoloteando como aves de presa
en torno a los indios taciturnos que nada sabían.
Eran los que se enriquecieron
despojándolos de sus pieles de lobos o guanacos
por unos pocos vidrios de colores,
unas botellas de grapa o un pan miserable.

Por el rostro gris de esta tierra
vagan ahora los últimos fueguinos.
Son una sombra más entre las sombras de los canales húmedos,
buscando tal vez lo único que podían tener:
una humilde alegría de otros años,
sus constelaciones y sus estrellas
en las que observan las horas de la noche
y el paso de las estaciones.

La luz de un cielo roto
que precede los temporales
tiembla un instante en aguas del Estrecho.
En algún lugar de la costa que nadie sabe
un galeón pirata deja caer sus anclas.

Pero sabemos que la culpa es del viento
y de esa confusa luz del cielo.
Mañana todo se habrá olvidado
cuando los pájaros alboroten el aire como de costumbre
y un sol leve se detenga sobre tierra trizada.

Pasa la tierra de la noche,
casi como una ventana que no se abre
a la presencia de la lluvia.
Pasa la tierra con su vieja corteza
humedecida y sola, como la primera vez.
Su aliento no se detiene ante esta casa dormida.
Es un viento despeinando una cabellera negra.

Y no tiene ojos esta tierra que nunca termina.
Y no tiene descanso,
como los ríos que la hienden.

Pasan los que primero vivieron en ella
convertidos en bosques o en cerros,
y un día desaparecieron detrás de los planetas.
Pasan mis antepasados muertos hace años.
Son sus fantasmas que se mueven en un soplo.
Son los que siempre vagan entre el agua y el follaje.

No termina de crecer este cielo lleno de voces,
este cielo obscuro, endurecido de secretos
que deja su sueño blando entre nosotros
y me toca con una mano de agua.

Confundida de sonidos que no cesan,
oculta bajo un cielo espeso y en constante vigilia,
pasa la tierra de la noche
con sus sombras
y el misterioso olor de sus raíces.

Los primeros hombres fueron hechos de arcilla oscura
por un antepasado que residía en el cielo.

Siempre vivían alejándose
entre islotes rocosos,
más allá del Cabo Froward
o por las últimas orillas del Beagle,
donde las estaciones se parecen.

Conocían el viento helado que soplaba desde el océano
cuando se agitaban las ramas de los arbustos.

Esperaban que los primeros guanacos
bajaran a las playas huyendo de la nieve
para proveerse de su piel todo el invierno.

De un roble hueco nacían las canoas,
mientras las mujeres
buscaban huevos de pájaros en la primavera,
“porque en otra época los árboles no quieren”.

Allí donde comienza la historia de algún bosque
y la tupida cortina de la lluvia

hace pensar que lloverá para siempre,
subían pequeñas columnas de humo
desde las silenciosas tolderías.
Ellos sabían abrigarse
haciendo arder leños enteros.
Permanecían a su lado como si tuvieran sueño,
porque era hermoso ver arder un árbol inmenso,
retorciéndose, rojo, en medio del viento y de la noche.

Nunca supieron de la muerte,
porque recobraban el tiempo en el secreto del agua.
Pero vivían alejándose del norte
dentro de un roble hueco.

Ahora son los ríos y los montes,
las estrellas rojas que atraviesan la noche.

Allí nacieron.

En sus pequeños pueblos de madera
al interior de los canales.

Todos tenían la actitud de sus propias islas
frágiles y esbeltas como embarcaciones.

Al borde mismo del mar nacieron,
donde comienza el vuelo de azules horizontes
y las raíces y su sonido se confunden.

No tenían más preocupación que el mar,
y siempre esperaban el regreso
de pescadores que se quedaron soñando
con sargazos apretados en los dedos azules,
o conversaban de las cosechas,
de las próximas lluvias

Muchos de ellos se fueron como ríos
hacia tierras donde ardían fogatas en la noche,
y los témpanos y las brumas
resucitaban a los barcos fantasmas.

Más al sur llegaron con sus conjuros y sus braseros
a establecer la maravilla de sus sembrados
y su harina tostada,
sus sopas marinas y el pan moreno.

Eran los mismos chilotes
de la mazamorra alegre de los domingos,
de brazos poderosos para cortar leña en el monte,
y que sabían del buen tiempo
porque las abejas se recogían antes de la tormenta
los que llegaron con sus quehaceres simples
cuando el sur era todavía
un apretado silencio de estrellas y vigiliass
y los árboles mostraban trágicamente la dirección del viento.

Deben haber llegado en el tiempo
en que el invierno andaba enredado en ventoleras
entre riscos que querían tocar el cielo,
y las extrañas formas de sus islas
navegaban sin duda
hacia callados y solemnes ventisqueros,
como los grandes hielos errantes.

Conocían el secreto de la madera y de la tierra
cuando emigraron como pájaros de otra estación
a esa ciudad casi perdida en la niebla.
Levantaron su techo en medio de otros techos rojos,
aunque todos en invierno se parecen.

Muchas manos más han aprendido de sus manos,
alrededor de ellas como un círculo,
y muchas más heredarán su agua y su greda.
Algunos se han detenido como a descansar
desde hace largos años,
allí donde siguen ardiendo fogatas en la noche.

Nada detrás de este silencio de roca,
detrás de estas raíces
que piden eternidad a una tierra que no existe.
Y no descansa el aire doloroso y perfecto,
y la soledad detenida como un río del cielo,
distante y profunda
como el parpadeo de los planetas más lejanos.

Nada, sino pensar
en la ruta extraviada de los barcos
buscando ciudades en la bruma,
que a veces aparecían debajo de la lluvia,
o cuando el sol abría el horizonte
brillaban como la nieve en las tres agujas del Paine.

También el mar sin tregua está presente
con algo de humano y taciturno dentro de su bahía,
rodeado de una corteza petrificada y roja,
inexpresiva y poderosa
como el sueño de los que se ahogaron
lejos de la desvelada luz de los faros.

Y sin embargo, se suaviza su materia oleosa
cuando copia el vuelo de cenicientos petreles.

Al final,
más allá de lo que no ha transcurrido
y no conocemos, porque todo es más antiguo que el silencio,
la noche y las aves oscuras se parecen,
existen ciudades de oro donde nunca se muere,
existe el agua y rocas manchadas por el musgo,
y una lluvia que vuelve a construir lejanías
en busca de buena tierra
para que asomen los bosques.

Los caminos se alargan enmudecidos.
Son como un río sordo en el paisaje,
aguas que nunca reflejarán polvorientos veranos.

La ciudad quiere escapar
hacia caseríos inmóviles.
Es la llave encantada
que siempre hemos soñado tener
para descubrir dónde se pierden.

Los caminos permanecen.
Sólo esperan a las estaciones
que lo cruzan como tropillas de potros,
o como esos fantasmas de ovejeros
sepultados en la nieve
que vagan con piños irreales.

Los caminos se alejan.
Queda el deseo secreto de partir.
Todos conducen hacia la noche.
Se bifurcan como los sueños
más allá del sur y la dimensión de sus cielos,
donde la tierra olvida y se triza
y sólo el aire es intacto y duro.

SEGUNDA PARTE

I

Ave aterida en el último rincón de la tierra,
 desde donde procede la misteriosa eternidad de los hielos
 y del día no queda sino
 el rastro de la nieve en los tejados,
 dueña de invisibles silencios y ausentes primaveras.

Los pasos penetran como fantasmas
 entre las calles enlutadas
 cuando echamos a andar
 buscando aunque sea la débil luz de las últimas esquinas,
 o simplemente cuando queremos huir
 hacia un tiempo tiernamente lejano.
 Y algo que no es precisamente una canción,
 nos quema la garganta,
 se confunde con la tristeza casi en secreto
 y nos revela que el vino y la amistad
 del amigo que nos aguarda con su sencillo corazón de pájaro,
 será el fuego junto al cual se recuerde

que la soledad canta como un gallo erguido en el alba
mientras afuera una vaga neblina casi sin límites
es el mendigo que aún pide unas pocas monedas.

II

Algún perro lanza gemidos a las sombras
a pesar que el cielo es algo que no existe.
Alguien dice que mañana será igual
y que añora los lentos párpados del verano.
El café es entonces la humeante alegría
igual a los ojos de alguna muchacha
cuya imagen es la palabra que callamos,
y de cuya presencia quieren liberarnos
los duros cascos de la escarcha
que anda apretando estrellas en el agua.
Para no olvidar las historias de los viejos cuatreros
que conversan con la pausada voz de las pampas,
el viento debe andar escondido
arañando puertas en los galpones
a los que nadie quiere ir en busca de leña.

Apenas queda fuego para entibiar el sueño de las palabras.
Calles solas. El reloj fatigado sobre la mesa.
La lluvia desterrada.

No quedan huellas de su paso,
y el paisaje deja de estar inmóvil.

Aparecen invisibles colinas en el aire
como lejanas ciudades después de la niebla.
Más allá de sus alas está el sueño
que no podemos rehuir
porque es una ventana abierta hacia la noche.

Nada ha cambiado desde entonces,
pero en el patio de la casa
los pájaros se posan en un árbol del cielo,
y el niño que somos,
ha dejado algo abandonado,
a pesar que el mar sonoro
sigue rodeando la ciudad como una gran muralla.

El aire se ha llenado de círculos.

La luz se pierde en el camino de otro día
cuando los pájaros no cantan.
Permanecerán ocultos hasta el primer reflejo
para trizar de nuevo la laguna de otro cielo.

Reaparecen las despedidas.

Alguien dejó olvidadas las palabras de siempre
junto a la madera y los fierros.

Los muelles también quieren marchar
con sus gaviotas y sus grúas enormes.

Un humo negro hace más oscura el agua.

Cae un verano tibio sobre el último puerto.

Lejos, junto a los muelles rotos,
yacen oxidados esqueletos de barcos
sacudidos por un mar espeso.

El tiempo echa raíces en sus costados.

Las leyendas isleñas se repiten por las noches.

Resucitan iluminados bajo la tormenta
y como extraños espectros deformes
navegan de nuevo los canales.

Un pitazo hace volar más alto las gaviotas.

Esta mañana apenas existe.

Se aleja igual que palabras confusas.

Cuando atrás ya no queden contornos
y sólo podamos ver con el pensamiento,
la Cruz del Sur
señalará el camino del Estrecho.

A León Ocqueteaux

Escuchamos vagar la lluvia
entre el lúgubre sonido del viento
que borra lejanas comarcas en el cielo.

En el patio,
el sol se ha alejado de los rincones pobres.
Ha huido como las aves ateridas
que buscan una puerta.

Nada interrumpe el hosco silencio de la casa.
El gato ha buscado refugio bajo la estufa.
Afuera habla la lluvia
que azota las ventanas
y abre anchos surcos en la tierra.

Escuchamos llover como hace tantos años.
Nada ha cambiado verdaderamente:
los vasos, la mesa,
las ráfagas que estremecen las paredes.

Las palabras se pierden
como los estruendos entre los cerros.
El día termina. Las calles están solas
con espectros de mansiones en ruinas.

Mañana un vaho dulce se elevará de la tierra,
y sólo la cansada imagen del cielo
quedará olvidada en las charcas.

Era la mesa con su alegría tan profunda,
antigua como su pan o su vino,
con su rostro blanco de todos los días,
con los mismos gestos e iguales palabras
como si fuera el agua o una puerta.

Era el tiempo que se detenía a escudriñar
y que no se notaba porque siempre se repetía,
salvo la nieve que reaparecía
y se sentaba a ella como todos los inviernos.

Muchas veces rejuvenecían en secreto,
otras, tenían la madurez de la tierra,
pero casi era una actitud invariable,
un descanso, verlos otra vez de nuevo,
aunque la ternura era brumosamente igual
y sólo la muerte los asombraba.

Estaban entre ellos como una vieja costumbre
y conversaban en la última orilla de los años,

perfectamente tranquilos desde tan lejos
junto a la mesa o la ventana
escuchando frágiles canciones de algún aguacero,
sin temer nada, sin esperar demasiado,
como el día de ayer.

Un leño añoso son las manos de mi abuela
cuando permanece inclinada sobre el huso,
su herramienta más tierna.

Silenciosa como un árbol de la noche,
es una forma inmóvil en la casa,
en la actitud de leer largas cartas,
adelgazando una lana oscura.

Tal vez es su manera de descansar sobre trigales
o de volver a sus otoñecidos caseríos
tornándolo hilo familiar y necesario.

Es como un nido de pichones entre nosotros
arrodillada después ante la trama,
hurtando un poco de sol
y los colores secretos a la tierra
para añadir claridad de agua a sus nobles choapinos.

Parecía, más bien, distante de las lluvias
entrelazando hebras con lentitud de niebla.

Toda la casa florecía como un bosque
tejiendo con sus maderos simples.

Sabias eran sus manos confortables
que alejaban a todos los inviernos.
Acogedoras como sus frazadas blancas y anchas
que nos escondían del frío.

La conocí curvada sobre su urdimbre todos los días
como si encendiera el fuego
o dispusiera la mesa,
mientras sus manos entretejían sin fatiga
ventoleras de estrellas y viglias.

Un río se aventura en la ciudad.
Las casas pasan lentamente.
También pasa el cielo inmóvil
que a veces huye raptado por los pájaros.

El río trae el lenguaje de la nieve.
Es el Río del Carbón, que se adelgaza a veces.

Atrás quedan los puentes
hechos de maderas inmemoriales
gastados por las lluvias.
El tiempo aún recoge
ecos de niños jugando en su arena.

En sus orillas
casas temerosas creen en un invierno
que vendrá de nuevo
con sus grandes aguas de otros años
bajo una luz que no es del día,
en medio de la niebla,
como en el comienzo de la noche.

Nadie sabe si este invierno será igual.

El río penetra en la ciudad
como las sombras en los últimos barrios,
la divide caprichosamente
antes de caer al mar.

Sobre sus viejos puentes
pasan automóviles y carretas cargadas de leña
haciendo trepidar
el simple corazón de la madera.

Crecía húmeda al fondo de la casa,
 sin molinos ni acequias para regarla,
 porque siempre ha sido tierra sola.
 Sin grandes girasoles
 ni exuberantes vegetales
 para saludar al cielo,
 porque está bien así
 con sus grises cercos de madera
 deformados por el viento
 y por un tierno musgo que se olvidó del sol.

Su actitud es la de innumerables inviernos,
 lenguaje de aguaceros que destiñen tejados.
 Allí la lluvia es el campanario
 donde no habitan palomas,
 y las tardes,
 una permanente leyenda
 para soñar sin pensar nada junto a la estufa.
 Y mi abuelo —que junto a la tierra envejecía—
 era un antiguo vigilante
 de huertos y cosechas,

levantándose antes que el rocío,
con su pala y su cigarro a conversar con ella
para guardarla de las grandes escarchas.

Al fondo de la casa está arrugada y dura
sin frutos ni perfectos molinos.

Pero las raíces tejen sus mansiones secretas
todas las estaciones. Es su ternura fecundada
como amadas lámparas bajo tierra.

Aún están prisioneros, llenos de musgo y tiempo,
los viejos rincones de la casa.

Cada uno tiene su propio rostro de muchos días,
parecido a la ausencia del sol,
porque nadie se asombra del atraso de la primavera.

Son ecos taciturnos de los primeros juegos
imposibles de recobrar ahora. La presencia del agua
para sonreír con una fruta puesta entre las manos.
Silenciosos y eternos igual que antiguos mapas
sobre los cuales hemos soñado alguna vez,
cuando emprender interminables viajes
era más fácil que esperar un domingo sin lluvia.

Eran los libros
—a cuyos héroes queríamos parecernos—,
que se caían de las rodillas
cuando algún organillo alborotaba el silencio de la calle.
Es el poncho de mi padre

esperando su mano y su caballo.

Es la memoria que sacude sus raíces

para despertar a las cosas escondidas por temor al invierno,

mientras en el patio amenazado por el granizo

la hermana anda llamando por su nombre a los pájaros.

Alguien que viene a buscar olvidados secretos

llega hasta ellos para renacer de nuevo.

No he querido despertar el secreto del tiempo,
por eso he venido en silencio
como una hoja lenta bajo el agua
a este lugar donde todos descansan y sueñan.

Apenas se notaba la inmovilidad de los pinos,
apenas el espacio era roto por palomas rezagadas.
El día era la paz que se levantaba de la tierra.

Caminé como en una ciudad abandonada.
El otoño tenía el mismo color de la niebla
cuando ir por sus apretados senderos
escuchando mis propios pasos como si vinieran de lejos
era igual que el miedo del niño a la obscuridad.

Tocaba las fuentes manchadas con un óxido violento,
levantaba simplemente una hoja o una rama,
palpaba las calladas moradas,
palpaba el aire como si fuera un ciego,
porque hacía mucho tiempo que no estaba allí

asombrado de cosas que nunca antes creía,
y no sentía el viento del sur refrescando mi cara
ni la posibilidad de que el cielo cambiara de pronto,
porque nunca antes me había sentido más solo
que mirando ese pedazo de tierra
con flores buscando un sol que no existía,
como si todo estuviera hecho para algo extraño,
mirándome por dentro y queriendo saber.

Será por eso que hay campanas
que tañen para que nadie las escuche,
campanas hechas de bruma que vuelan en la lluvia,
y yo sentía crecer la hierba y arrastrarse los gusanos,
sentía crecer la humedad como si fuera una muralla,
y la palabra era lo único que poseía.
Le conversé de todos estos años.
Le pregunté algunas cosas,
sabiendo que jamás obtendría respuesta,
porque a nadie podría decirlas
y sólo porque estaba de paso.

A Jorge Teillier

Han de venir de pronto
por una tarde llena de lluvia,
a esa hora en que el panteonero se levanta desde el N.O.,
en el antiguo cementerio,
para soplar por la bahía
y calles inclinadas donde no reinan las hojas.
Las tinieblas caerán con frío
hasta hacer desaparecer las siluetas
de viejos pontones carboneros.

Y será de nuevo la infancia desvelada
en una pieza oscura, sin respirar casi.
Y toda la casa estará llena de ellos
y todos ellos alrededor de la lluvia
y del viento que silba en los alambres.

Así transcurrían esos días
en una casa brumosa y encantada,
junto a una abuela tierna
como si fuera a nombrarla.

Cuando era fácil asombrarse
ante palabras llenas de innumerables secretos
de los que alguna vez pasaron
por aquellos pueblos fantasmas
donde la muerte alejaba a los pájaros.

Sus voces los hacían respirar y moverse en las sombras
alguna de esas noches
en que la luna y el mar se detenían
para resucitar antiguas leyendas chilotas
de barcos iluminados con extraños tripulantes deformes.

Así sucederá.

Porque me basta saber que el panteonero
se levanta de nuevo desde el N.O.
con aquellos que han perdido la memoria bajo la tierra
y me toca con una mano helada.

Un día regresaremos a la ciudad perdida
como las estaciones todos los años,
como una sombra más en las tardes,
preguntando por antepasados
o por el río en cuyas aguas se quebraba el cielo.

Será en invierno
para revivir mejor los grandes fríos,
para ver de nuevo
el humo negro de los barcos cortando el aire,
para escuchar en las noches
los pequeños ruidos de la nieve.

Nos sentaremos a la mesa como si tal cosa
a probar el pan de otros días.

Un pájaro que cruce por la ventana
nos hará pensar en el bosque de pinos
donde el viento se revolvía furioso.

También preguntaremos por antiguos amigos
pensando quizás en el rostro de alguna muchacha.

Aún existirá el boliche

donde se reunían viejos campesinos.

Nos invitarán a beber y a conversar
asuntos que nadie olvida.

El tiempo no es más que regreso a otro tiempo.

"Todos nos reuniremos alguna vez bajo tierra".

Alguien nos reconocerá a la vuelta de una esquina.

Será como venir a saludar desde otra época.

BIBLIOTECA
CHILE
7/10/61